

*Si esto es un sueño*

*Autor: Silencio*

Oscuridad, desconfianza, desconocimiento, dónde está, cómo ha llegado, mira a su derecha, entorna los ojos, la tenebrosa luz que proviene de ningún lugar le permite ver un cuadro, el retrato de un hombre de unos sesenta años, gesto malhumorado, mirada penetrante, a su izquierda un rectángulo de bronce enmarca lo que parece un espejo, se acerca, su reflejo no es él, mueve las manos, es cierto que se trata de un espejo, pero ese cuerpo no le pertenece, nunca ha visto esa cara golpeada que le mira, esos ropajes, se desabrocha la camisa para comprobar que las señales de lucha también recorren torso y brazos, rozaduras voltean las muñecas como si unas cuerdas las hubiesen aprisionado, se abrocha de nuevo y camina tocando las paredes rugosas del estrecho pasillo en busca de una ranura, una rendija que delate una abertura que otorgue sentido a los últimos minutos, recorre los metros que le separan del final del corredor hasta alcanzar la pared que castra la continuidad, palpa la misma rugosidad, golpea su superficie buscando un hueco vacío, una trampilla mentirosa, un ruido detrás de él, se gira asustado, un gato callejero recorre el jardín dando grandes zancadas que le pierden tras unos setos, mira a su alrededor, reconoce la ubicación, el jardín del antiguo jefe de su padre, en un instante le invaden memorias de aquella ocasión que invitó a todos sus empleados y familiares a una barbacoa con la que quiso esconder bajo el ambiente festivo su dirección abusiva y el maltrato al que les sometía el resto del año, después vendría el despido, la depresión, el drama familiar, el inicio de jornadas laborales de horarios intempestivos, si esto es un sueño, piensa, no existe otra explicación que proporcione verismo al triángulo de los vértices físico, pasillo y jardín, coge una piedra y la lanza contra la ventana del tirano, falla, se concentra y lo vuelve a intentar, en el

blanco, el vidrio se astilla en mil pedazos, tiene la intención de salir corriendo pero cuando escucha gritos en el interior de la casa opta por quedarse, ahí está, se asoma a la ventana, su temible presencia se convierte en parodia al verle en bata, le grita algo de la policía, no hace más que darle motivos para coger una tercera piedra y arrojarla con fuerza contra él, no le alcanza a dar pero la intención era buena, la siguiente será la definitiva, no hay ocasión, el cobarde ha bajado la persiana, ya debe tener el teléfono en la mano, momento de huir, la diversión onírica no debe acabar entre rejas, a muchas calles de distancia un vagabundo equivocado de barrio le pide limosna, su aliento de alcohol acompaña el amargo olor pestilente de los trapos que cubren su cuerpo, ¿unas monedas?, unas monedas tendrás, introduce la mano en el bolsillo, coge la calderilla que sabe que estará a su disposición, las estruja en el puño cerrado, tres, dos, uno, cabeza, el viejo cae, el reloj marca el momento de las patadas, tantas como haga falta, antes de cansarse, muerto, sigue caminando, ¿eso que le está pidiendo más es adrenalina?, el más ha de ser distinto, peor, en la búsqueda se entretiene mirando las monedas que son de un país del que no reconoce efigie que adorna la cara ni monumento que decora la cruz, no hay tiempo para eso, unos llantos de recién nacido reclaman su atención, una mujer sostiene a un bebé en brazos, ¿qué te ha pasado en la cara, niño?, ¿qué hace usted en la calle?, responde mientras busca algo consistente por el suelo, malévolamente imaginación que le planta este panorama a su antojo, a ver por dónde sale, y es por aquí: mi marido murió hará mañana cinco meses, no he podido pagar la hipoteca, el casero nos ha echado de casa, no sé donde ir, novelero, sonrío para mí, el sueño tendría tintes cómicos, de burla de drama exagerado de sobremesa, si no fuera por la rama de árbol que arranca del roble vencido que adorna la escena, la mirada perdida del trío, cada uno con su historia, los golpes que caen en cabeza y cabecita hasta que dejan de vivir, pero alto, un momento, qué está haciendo, esto no tiene nada de divertido, ni siquiera en esta ficción

en la que por encima de todo sigue siendo él y maldita la gracia del sueño, despierta, cómo conseguirlo, cómo forzar el adiós y volver, quizá del modo más justo, si ha matado en sueños, muriendo despertará, se aproxima un coche, muy peliculero también, qué casualidad, ya se culpará de la falta de imaginación cuando despierte, corre hacia él, ahora que ha descubierto el sabor de la muerte ajena le toca descubrir el de la propia, se resguarda entre vallas de parcelas y setos, cuidado, se acerca, aquí está, salta frente al camino del vehículo, los faros le iluminan, la cara de terror del conductor que trata en vano de esquivarlo, cuidado, sorpresa final, resultará que el sueño no era tan predecible, el conductor no es otro que su padre, que regresa del trabajo, buen golpe de efecto, sí señor, esto haría taquilla, choque, despierta.

La habitación, su habitación, la ventana en su sitio, el armario, la mesa y la silla con ropa colgando en el respaldo. Se dirige al lavabo, se enfrenta a sí mismo, la cara de todos los días, ninguna señal, muñecas inmaculadas, sonrío, bienvenido, colega, mejor que no cuentes esto a nadie, demasiada televisión, estás loco. En la cocina bebe de la jarra del agua, mira el reloj, su padre no tardará en regresar de la fábrica. Lo hace justo cuando va a volver a su dormitorio. Hola, hola, qué pasa, traes mala cara, si te cuento no te lo crees, pensarás que estoy loco. Vaya momento has escogido para decirlo, papá. A qué te refieres, nada, nada, di a qué te refieres tú, que has comenzado. No sé cómo explicarlo, o qué explicar. Venía con el coche, cerca del barrio alto, ya sabes, cuando me ha parecido ver a un chico tirarse al capó del coche, como si quisiese suicidarse, tendría tu edad, incluso me ha parecido sentir el impacto, las ruedas pasando por encima de su cuerpo, he frenado tan rápido como he podido, he bajado del coche y ni rastro, ni rastro de nadie, ni un rasguño en el vehículo, a todos los efectos ha sido una alucinación. Pero le he visto, le he sentido físicamente. Y juro que no he bebido, tu madre pensará que es eso así que no le digamos nada, no creería que no recuerdo la

última ocasión en la que probé gota. Las sirenas de dos coches de policía rompen el silencio exterior de la noche. No es más que el preámbulo de lo que se avecina el día siguiente. No sólo por ser un pueblo pequeño las noticias vuelan como un reguero de pólvora, expresión manida y premonitoria. Hay mucho más. Los informativos nacionales abren con el triple homicidio nocturno, nadie habla de otra cosa, quién puede haber sido el sádico. Las fuerzas de seguridad tranquilizan a la opinión pública, tarde o temprano aparecerá el inhumano o los inhumanos, estamos siguiendo la pista de un vecino que fue asaltado en su propia casa. Pero son palabras que al salir de boca del encargado de leer el comunicado pierden fuerza, comienzan a flotar en el aire hasta evaporarse en un susurro que de pura debilidad apenas llega a los oídos aterrorizados de la comunidad. Se cierran puertas, se imponen toques de queda, el carácter variado de las víctimas de la canallada no descarta víctimas en potencia, podría ser cualquiera, incluso tú, le dice su madre, el dedo índice señalándole con un tono acusatorio que sólo él reconoce como tal. Su padre mira al suelo, la alucinación, si es que lo fue, la alucinación que pesa sobre sus hombros. Llega la noche y enloquece el silencio, la investigación no avanza, el miedo colectivo no decrece, hora de descansar aunque en breve hará justo veinticuatro horas que sucedió todo, y si se repite, y si está sucediendo ahora. Así los que pueden duermen, los que no velan, antes o después todos caen y él no es una excepción, mismo pasillo, idéntico cuadro y espejos en el que se ve reflejado, no es él, es el mismo de anoche, mismas heridas, misma ropa en la que aparece una diferencia, sendas huellas de neumático que recorren su cuerpo a la altura de pecho y rodillas, asustado corre a tientas pasillo adelante, no tarda en llegar al final del mismo, se gira, el jardín, una suave brisa agradable que arremolina su pelo, un policía se acerca confiado, niño, ¿no sabes que no deberías estar aquí?, sí que lo sabe, más de lo que el uniformado sospecha, como sabe que en el bolsillo tiene una pistola cargada, la facilidad del sueño,

que proporciona lo que necesita en cada momento, y ahora quiere esto para morir o matar, la empuña, el agente hace lo mismo, cara de sorpresa, qué hace este crío, que no se sabe bien a quién quiere apuntar, antes de resolver la duda está muerto, su cuerpo se desploma con delicadeza en el suelo, una flor de sangre se abre sobre su pecho, la pistola arde en su mano, la solución es fácil, apuntar con ella a las profundidades de su boca, apretar el gatillo, despertar y no mirar las noticias, mañana será otro día, otra noche, otra muerte, la idea de perpetuar la bifurcación en la que se ha convertido su vida se cierne como una losa sobre su frágil cuerpo, si alguna vez ha sido un niño de verdad desde que comenzó el relato es ahora, sólo queda una solución, corre hacia su casa, tarda casi media hora en la que ha de sortear patrullas urbanas y viandantes que no tanto le suponen una amenaza como una deliciosa tentación, llega, la puerta de la entrada está abierta, sólo ha de hacer girar el pomo, absurdo, su madre no hay noche que no de dos vueltas de llave, con más motivo ahora que el vecindario peligra, pero la lógica de los sueños, ya se sabe, se dirige a su habitación, abre la puerta, mírale, mírate, durmiendo como un bendito, ajeno a las atrocidades que están pasando por su cabeza, la misma a la que apunta con manos temblorosas, no es fácil, por muy sueño que sea, encañonarse de frente, acaso lo de la pistola en la boca hubiese sido más fácil si hubiese supuesto garantía de acabar con la pesadilla, quizá la expresión sea más acertada que nunca, carga, se apunta, el niño se mueve en la cama, algo le incomoda el sueño, el niño se mueve a los pies de la cama, algo le incomoda el dedo que debe girar levemente hacia sí mismo para que la bala se aleje de él y atraviese su físico dormido, cuanto más tiempo pase será peor, ahora o nunca, la cabeza da la orden a la mano en el momento exacto en que el niño tumbado abre los ojos, suena el disparo justo cuando el sueño acaba, algo inexplicable ha sucedido, se supone que todo ha acabado. Lo normal sería que ahora despertara. Para siempre.